

OTROS SABERES, OTRAS CIENCIAS

El mundo que nos revelan las ciencias sociales









OTROS SABERES, OTRAS CIENCIAS

El mundo que nos revelan las ciencias sociales



OTROS SABERES, OTRAS CIENCIAS

El mundo que nos revelan las ciencias sociales

Proyecto y realización

Colciencias

Director

Juan Francisco Miranda Miranda

Subdirector de Programas Estratégicos

Alexis Hjamar De Greiff Acevedo

Subdirector de Programas de Desarrollo Científico y Tecnológico

Hernando Alberto Sánchez Moreno

Subdirector de Programas de Innovación y Desarrollo Empresarial

Carlos Enrique Arroyave Posada

Subdirectora Financiera y Administrativa

Paola Natalia Nieto Castillo

Jefa de la División de Ciencia, Cultura y Comunicación

Ángela Patricia Bonilla Ramírez

Dirección editorial

Julia Patricia Aguirre Guzmán

Edición

Chigüiro Editores S.A.

Autora

Paulina Jaramillo

Colaboradora

Sofía Beltrán

Ilustración

Magda Hernández

Revisión científica

Juan José Plata Caviedes

Corrección de estilo

Elkin Rivera

Diseño

Lemoine Comunicación

Producción

Chigüiro Editores S.A.

Impresión

Legis S.A.

ISBN No. 978-958-44-2265-1

Primera edición: noviembre de 2007

© 2007 Colciencias

Índice

Presentación.....	7
El principio de la aventura	8
Capítulo 1. El fabuloso mundo de los medios	11
Capítulo 2. Entre tribus y rituales	19
Capítulo 3. Los misterios de la mente.....	31
Capítulo 4. Mejor que ir al supermercado	36
Capítulo 5. La palabra de las lenguas.....	44
Capítulo 6. ¡Que vieja es la historia!.....	51
Capítulo 7. Volver a casa.....	56

Presentación a los padres

Este libro se escribió para acercar a los niños y las niñas a las ciencias sociales. La idea principal es que ellos comprendan que las ciencias no son sólo las naturales, que las ciencias no son únicamente aquellas que se estudian y se trabajan en los laboratorios, que hay numerosas ciencias que sirven para explorar nuestras costumbres y nuestros valores como seres humanos y como sociedad, para analizar nuestro pasado y futuro, y nos ayudan a entender este mundo en el que vivimos; esas son las ciencias sociales.

Para ello hemos creado un juego en el que tanto los personajes como sus hijos van aprendiendo sobre algunas de las ciencias sociales y sus temas de estudio. Los invitamos, así como en el juego, a hacerles preguntas sobre los universos por los que viajarán, al igual que a conversar sobre este mundo de las ciencias que nos hablan de nosotros como cultura.

Las ciencias sociales son increíblemente amplias, razón por la cual exhortamos a niños y niñas, a padres y madres, a explorar mucho más sobre ellas. Esto es un simple abrebocas, que espera despertarles el gusanillo de la curiosidad.

La publicación de este libro fue posible merced a la inmensa colaboración de varios investigadores sociales que compartieron con nosotros sus experiencias y sus trabajos para poder recrear las voces que aquí se encuentran. Jesús Martín-Barbero, comunicador social, y un estudioso de los medios de comunicación y su impacto en nuestra sociedad; José Antonio Ocampo, reconocido economista colombiano, que actualmente está vinculado a la ONU y ha realizado varios trabajos sobre historia económica; Arturo Escobar, antropólogo, quien ha hecho diversas investigaciones sobre los indígenas, principalmente en el Pacífico colombiano; Rebeca Puche, psicóloga, profesora de la Universidad del Valle, que ha dedicado sus estudios a los niños y sus capacidades cognitivas; María Trillos, lingüista, experta en las lenguas indígenas colombianas, y Jaime Jaramillo Uribe, reconocido historiador en el ámbito nacional. A todos ellos, gracias por el tiempo que nos concedieron en medio de sus apretadas agendas, y por la dedicación y la calidez con que nos colaboraron para hacer posible esta increíble aventura.

Paulina Jaramillo

El principio de la aventura



El último paseo que hicimos con mis papás fue una aventura increíble. Salimos a las siete de la mañana, con un frío intenso, rumbo a la finca de mis abuelos, que queda en tierra caliente.

Del viaje en carro sólo recuerdo que mi hermana, Adriana, y yo estábamos ansiosos por llegar. Después de un largo recorrido arribamos a un lugar muy bonito, con muchas habitaciones, piscina con trampolín y bastante espacio para divertirse.



Al día siguiente de nuestra llegada, decidimos explorar la casa. En cada una de sus habitaciones había cosas especiales, pero lo que siempre recordaremos será el cofre que encontramos debajo de la cama del cuarto de los abuelos. Era viejo, lleno de telarañas y polvo por todas partes, y tenía una inscripción en la tapa: «El juego de Kalulú». Mi hermana no se aguantó las ganas de abrirlo.

Adentro había un pequeño papelito.

—¡No hay nada! —dijo Adriana.

—Se debió haber perdido el juego...
—me lamenté.

—¡Hay un papelito! ¿Qué dice?

Lo tomé y leí en voz alta: «¿Sabes qué son los valores? ¿Conoces el significado de

palabras como sociedad, comunidad, ciencias sociales? Si quieres jugar, sólo tienes que repetir las siguientes palabras: *alu-matu-peto-ino-su-su-me*».

Mi hermana y yo las repetimos, y en ese momento ocurrió algo increíble: como por arte de magia, el cofre empezó a brillar y una fuerza enorme nos jaló hacia su interior.

Adriana se puso a llorar y yo les confieso que también tuve ganas de hacerlo. No sabíamos cómo habíamos llegado hasta allí, pero sí sabíamos que ya no estábamos en la finca y que nuestros papás no se encontraban cerca. Mientras yo trataba de tranquilizarla, oímos una voz:

—Buenos días, pequeños amigos; ¿listos para jugar?



Volteamos a mirar asustados y vimos a una pequeña hada madrina que nos habló dulcemente:

—Tranquílense. Bienvenidos al juego. Para regresar, tienen que pasar por los seis mundos de las ciencias sociales. No hay por qué preocuparse; yo estoy aquí para ayudarles.

—Y ¿cómo llegamos aquí? —preguntó Adriana.

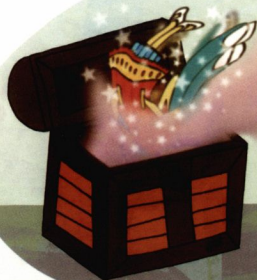
—Por el cofre mágico que abrieron. Empiecen a jugar ya, si quieren regresar antes de la noche.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Anastasia. ¿Y ustedes?

—Yo soy Juan Carlos y ella es Adriana, mi hermana.

—Bueno, comencemos de inmediato, pues hay mundos increíbles e interesantes que debemos recorrer —dijo el hada.



Y así, nos montamos en una barca y empezamos a recorrer el río, mientras Anastasia nos explicaba la forma de jugar.

—Hay varios mundos por los que deben pasar. En cada uno de ellos van a encontrar personajes y situaciones diferentes. Para pasar de un mundo a otro, deben hallar un objeto perdido y llevarlo a donde el amo, que está al final de cada recorrido. Allí conversarán sobre lo que han visto y él les abrirá la puerta al siguiente mundo.

—¿Sólo tenemos que conversar?
—pregunté, un tanto sorprendido.

—Sí, porque de esa manera podemos reconocer lo que aprendimos y lo que opinamos sobre eso.

—Eso es cierto —dije—. Cuando yo les cuento a mis papás lo que aprendí, después me resulta más fácil acordarme. Pero ¿cómo reconoceremos el objeto que deberemos encontrar?

—Es sencillo. En la entrada de cada mundo hay una imagen con el objeto perdido —puntualizó Anastasia—.

Navegamos un rato, y aunque estábamos asustados, sentíamos mucha curiosidad por saber qué era eso de las ciencias sociales. Fue así como, sin darnos cuenta, nos vimos ya en la puerta del primer mundo, el mundo de los medios de comunicación.



El fabuloso mundo de los medios



Tan pronto entramos vimos miles de aparatos, como radios, televisores, computadores, DVD, betamax y algunos periódicos y revistas. En ellos, varios personajes nos saludaban, dándonos la bienvenida.

—En este mundo deben aprender la importancia de los medios de comunicación y cómo éstos transmiten muchos de nuestros valores —comentó Anastasia.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó Adriana.

—Miren muy bien a su alrededor y pregunten lo que quieran. Todos estos personajes pueden responderles lo que ustedes deseen saber —contestó Anastasia.

—¿Y tú nos vas a acompañar? —preguntó curiosa Adriana.

—No, ésta es su aventura; yo los esperaré en el próximo mundo. ¡Buena suerte! —dijo Anastasia.

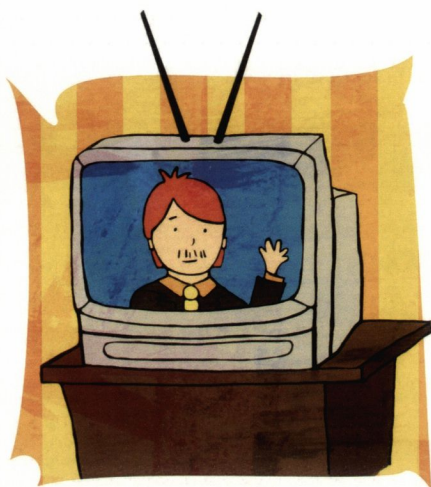
Y así no más, el hada desapareció.

Justo a la entrada, en una pantalla, había una imagen de un control remoto, como había dicho Anastasia.

—Mira, Adriana, este es el objeto que debemos encontrar —le dije.

—Un control remoto como el del televisor de la casa. Míralo, es igualito —respondió Adriana emocionada.

Bueno, ya sabemos qué debemos encontrar —dije convencido—, y ahora vamos a conocer más este mundo.



—Hablemos con ese señor, el del televisor —sugirió Adriana.

Nos acercamos al enorme televisor, y fue Adriana la que se atrevió a hablar primero:

—Buenos días.

—Buenos días, niños; parece que ustedes son buenos televidentes, ¿o me equivoco?

—¿Se nota mucho? —pregunté.

—La verdad sí —asintió Adriana—, pero a mi mamá no le gusta porque cree que en la televisión solamente se transmite basura y no valores importantes que nos ayuden a llegar a ser personas de bien. En clase de cívica, yo aprendí sobre los valores; allí nos dijeron que éstos se aprendían en la casa, en la escuela o en la iglesia, no en la televisión o en la radio...



A propósito, ¿usted puede ayudarnos a entender si, además de la familia y la escuela, la televisión también transmite valores? Y si es así, ¿cómo lo hace?

—¡Huy! —exclamó el señor de la televisión, muy sorprendido—. Esas preguntas se parecen a las que se hace Jesús Martín-Barbero. Él es investigador de medios de comunicación, y muy amigo mío, pero a veces me critica. Él dice por ejemplo:

«Los valores no se transmiten sólo en la escuela o en la casa; hoy en día la televisión y otros medios de comunicación los difunden, a veces parecidos a los de la familia y la escuela, a veces contrarios. Si nos quedáramos únicamente con lo que se enseña en la escuela y la familia, no nos enteraríamos de que en el mundo hay muchos tipos de familias diferentes y que no son mejores unas que otras sino que son distintas. Si se piensa que los valores han ido cambiando, como ha ocurrido con las sociedades y las culturas, entonces uno no se asusta tanto ni ve los medios como algo malo».

—Voy entendiendo —dije en voz baja y continué—. Según esto, ¿usted cree que tienen más influencia los valores transmitidos por los medios, que los que aprendemos en la familia o la escuela?



—Jesús me contó que hizo investigaciones con sus alumnos en Cali, hace bastantes años, sobre las relaciones de la familia con la televisión y encontró que variaban mucho de una casa a otra. Por ejemplo, cuando los papás tenían problemas y casi no se hablaban entre ellos, la televisión servía para que los niños revivieran la tragedia del conflicto entre los padres; se ponían a ver la telenovela o el noticiero y ahí se veían reflejados ellos mismos, pero sin ninguna solución.



En cambio, en una familia donde se tenía confianza, aunque vieran televisión hablaban de lo que había pasado en el trabajo, en la escuela, de lo que ocurría en la calle, entendían que lo que pasaba en la televisión era diferente de sus problemas, y encontraban soluciones en familia. Si es unida, si realmente los padres cuentan con los hijos y los hijos pueden compartir con los padres, la influencia de los medios es mucho menor.

—Y ¿con la escuela también sucede eso? —preguntó Adriana.

El señor del televisor, feliz al poder conversar con nosotros, continuó:

—En una escuela donde el maestro se impone a partir de lo que él cree que es la verdad y que su información es la única, choca con lo que viven ustedes ahora, pues reciben mucha información a través de los medios, incluso sobre los temas que estudian, no sólo sobre los valores; por ejemplo, en televisión pueden aprender geografía e historia porque ven el mundo.

Si el maestro, por el contrario, sabe dialogar con los niños sobre lo que sienten y sobre la gran cantidad de información que reciben, la influencia de los medios es menor.



—Entonces, ¿por qué nos dicen a veces que no veamos cierto programa? —preguntó Adriana un tanto confundida.

—Bueno, depende del tipo de programas. Por ejemplo, para ustedes, ¿cuáles programas podrían ir en contra de los valores de sus familias?

—¡Pues las telenovelas! —respondimos al unísono.

—Para mí son los noticieros, porque las imágenes del país que nos muestran no hablan de los valores más importantes de Colombia, como la tolerancia. Esto depende de quienes hacen los programas que vemos. Por ejemplo, los noticieros de canales privados, que tienen muchos intereses económicos, generalmente niegan la diversidad, es decir, que en este país existen más personas que viven en ciudades, que policías o políticos.



Si observan atentamente los noticieros y cuentan el número de personajes que salen hablando como protagonistas de una noticia, ¿a quién le dan la voz?, ¿a quién le dan la imagen? Los políticos, los policías, el ejército, las personas del gobierno aparecen todos los días, pero



¿dónde están las madres, las amas de casa o los maestros de escuela? La gente común y corriente parece no ser noticia. Esto es muy grave.

Yo estaba impresionado. No había pensado antes que uno debería mirar con más atención lo que dicen las noticias; no sólo por lo que dicen sino por cómo lo dicen y quiénes lo dicen. La realidad no es única; puede haber otras realidades. Como quería saber más, pregunté:

—¿Y la radio?

El señor del televisor nos propuso:

—Vengan, niños, voy a presentarles a un amigo. Él podrá hablarles más sobre este tema.

Caminamos un rato y nos encontramos con un radio viejito, de esos pequeños que se pueden cargar en una mano.

—Amigo, ¿qué te trae por aquí?
—dijo el radio.

—Te presento a Adriana y Juan Carlos, que vienen a conocer más sobre nosotros —respondió el señor del televisor—. Les gustaría que les contaras un poco sobre tu experiencia y sobre lo que pasa con la gente común y corriente en la radio.

—¡Bienvenidos! Siéntense y conversemos un poco —nos dijo amable.

Al unísono, agradecemos. Cuando nos acomodamos en el sofá, noté que me había sentado sobre algo. Miré debajo del cojín, y ahí vi el control remoto, que hasta ahora se nos había olvidado buscar.

—Mira, Adriana, encontré el control remoto —le dije.

—Bueno, niños, empecemos —dijo el radio—. Imagino que ustedes conocen



varias emisoras comerciales. Muchas que ponen música y otras con noticias donde se habla de lo que pasa en el país.

Adriana, entusiasmada, comentó:

—Sí he oído algunas. Y esas noticias son parecidas a las que salen en televisión; hablan los políticos y los militares, aunque también llama la gente a opinar.

El radio, emocionado, afirmó:

—Eso es muy importante. Por fin la radio comercial le ha abierto el micrófono a gente común y corriente. Eso nos permite escuchar distintas opiniones sobre un tema.

Quiero contarles sobre unas emisoras que de pronto ustedes no han escuchado porque no tienen mucha potencia y propaganda; son las llamadas emisoras comunitarias.

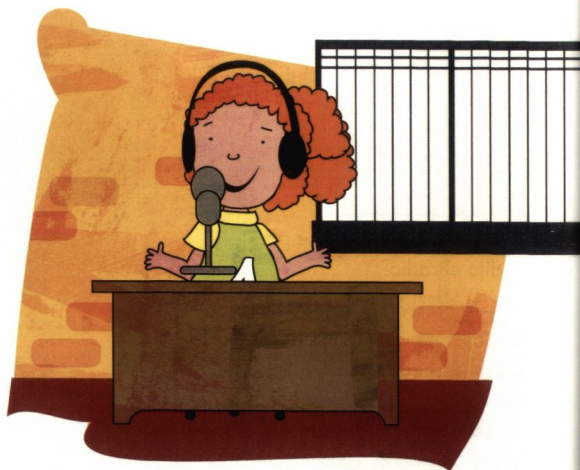
Estas emisoras nacieron de un modelo que se usó por toda Latinoamérica, el de las radios locales o radios populares, llamadas finalmente radios comunitarias. Se crearon en Bolivia en los años cincuenta. Fueron las radios de los pueblitos mineros, de los sindicatos, y usaban un lenguaje muy sencillo, cercano



a la gente del común. Estaban al servicio de la organización del trabajo, de la vida social y ciudadana y de la participación política y social.

El radio hablaba emocionado. Tomó un respiro y nos contó esta historia:

—Una vez una mujer de un pueblito pidió que contaran por la emisora que su marido la maltrataba. Él era un líder sindical que todos conocían, y al director de la radio no le pareció correcto denunciar a este hombre públicamente. Entonces, le dijo a la mujer: «Oye, habla con el juez o con el alcalde. Aquí no tenemos nada que hacer». Ella le respondió: «El juez es un hombre y el alcalde es otro hombre. La única



posibilidad de que mi marido lo tome en serio es que por aquí digan en voz alta que ese señor, que es tan importante y tan valioso políticamente, en su casa es un desgraciado».

No sabemos si el director de la emisora lo hizo, pero sí que la gente sabía aprovechar la radio.

—¡Claro! —dijo yo—. Para la señora era importante que la gente conociera su versión, y que la posibilidad de contarles a muchos su realidad a través de la radio sirviera para solucionar el problema.

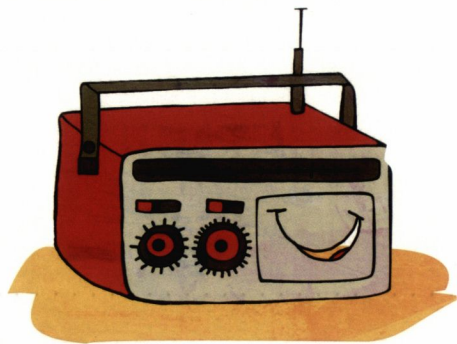
—De acuerdo —dijo el radio.

—Y ¿cómo participan los niños? ¿Ellos pueden hacer programas?

—preguntó Adriana muy interesada.

El radio estaba fascinado con nuestras preguntas y continuó:

—¡Claro que sí! Por ejemplo, en las radios comunitarias colombianas los niños recogen información del municipio



y arman programas innovadores. Ponen temas que tienen que ver con su vida escolar, con la calle, con los conflictos entre familias. Ahora tienen también canales de televisión. Los programas son muy rudimentarios pero con gran imaginación. Los realizan, por ejemplo, con una sola cámara para todos, pero se las ingenian para hacer personajes, fondos y dibujos animados con recortes de cartulina. Incluso están contagiando a la escuela.



Ya era hora de irnos, por lo que le dije al radio:

— ¡Increíble! Se están haciendo muchas cosas en el país que no conocíamos. Gracias, señor radio — me despedí.

— Con gusto, niños; espero que ahora se pongan a trabajar para formar sus propias ideas sobre la televisión y la radio, y que quizás algún día monten su propia emisora, o hagan su programa de televisión.

Luego de caminar durante varios minutos, llegamos finalmente donde el amo. Era un hombre viejo,

sentado sobre un enorme televisor.

— Buenos días, amigos. ¿Qué hacen por aquí?

— Quisiéramos volver a nuestra casa — dijo Adriana.

— ¿Y me trajeron el control remoto?

— Aquí está — le dije, y se lo entregué; él, antes de dejarnos ir, nos propuso un reto.

— Ahora deben responder a mis preguntas. ¿Listos?

— Sí — respondió Adriana.

— Primera pregunta: ¿qué podemos hacer para investigar sobre los medios de comunicación?





Adriana se me adelantó diciendo:

—Hay que observar con cuidado. No podemos dejarnos llevar y tragar entero todo lo que nos dice la televisión o los otros medios.

—También —agregué— se puede investigar preguntándole cosas a la gente, por ejemplo, si se ve reflejada en las noticias o en las novelas, o en otros programas.

—Muy bien. Esas son algunas formas de hacerlo. Vamos con la segunda pregunta: ¿son buenos o malos los valores que se transmiten a través de los medios?

Esta vez no me dejé de Adriana y rápidamente respondí:

—No son ni buenos ni malos. Los medios nos dejan ver que hay valores diferentes y que algunos se parecen a los nuestros y otros no.

El señor asintió y prosiguió:

—Estoy de acuerdo contigo. Por último: ¿qué opinan de la influencia de los

medios de comunicación frente a los valores de la familia y de la escuela?

Lo discutimos un momento y Adriana se animó a responder:

—Estamos de acuerdo con lo que nos dijo el señor del televisor: si la familia y la escuela permiten que se hable de lo que vemos, la influencia es menor o puede ser muy positiva, pues vamos creando nuestras propias ideas con más información.



Se hacía tarde. Debíamos seguir a otro mundo para poder llegar a tiempo a casa. El señor nos dio una última recomendación:

—No olviden que para investigar sobre los medios de comunicación hay que usar el método del detective.

Él busca una huella y hace una hipótesis, crea relaciones de una huella con otra e imagina una respuesta, y luego tiene que seguir buscando huellas para juntarlas hasta confirmar o no su idea.

El señor presionó entonces la tecla *enter* en el control remoto que habíamos recogido y se abrió una puerta enorme en la pantalla del televisor, por donde pasamos a un mundo aún más increíble.

Entre tribus y rituales

En ese mundo había todo tipo de tribus indígenas, en territorios diferentes; algunas vivían a orillas del mar, otras cerca de los ríos, otras más en la selva y en las montañas.

En ese momento, volvió a aparecer Anastasia:

—Este es el maravilloso mundo de la antropología.

—Y ¿qué es la antropología?
—preguntó Adriana, abriendo los ojos como si se le fueran a salir.

—Una ciencia social hermosa, sobre la que deben aprender todo lo que puedan. Al final de este mundo hay un tótem, que les hará también unas preguntas para poder pasar al siguiente mundo; no olviden el objeto que deben llevarle.

—Y ¿qué es un tótem? —preguntó Adriana.

—Un tótem es una figurilla, ya sea de la naturaleza o de un animal, que representa por lo general una protección para las tribus indígenas del mundo entero —respondió amablemente Anastasia.

—¿Como un amuleto de la suerte?
—dije yo.

—Es correcto, es algo así.

A la entrada estaba, como siempre, la imagen del objeto dibujada. Esta vez teníamos que hallar una mochila típica de alguna tribu indígena.

Caminamos un rato y nos encontramos con un señor vestido como nosotros, que estaba conversando con unos niños indígenas.

Al verlo, mi hermana decidió que debíamos hablar con él para conocer algo más de este mundo. Nos acercamos y le preguntamos:





—Disculpe, señor, ¿podemos hablar con usted?

Él se volteó a mirarnos y muy sonriente nos saludó. Nos contó que se llamaba Arturo Escobar y que era antropólogo.

—¡Ah! Entonces usted nos puede decir qué es la **antropología** —dijo Adriana.

—Claro que sí. Siéntense y presten atención.

Y fue así como Arturo empezó su relato.

—Comencemos con un par de anécdotas para entrar en el tema. Recordaba, con esta pregunta, a una pareja de antropólogos daneses que vivió en la selva del Amazonas peruano por cuatro años. A ellos les interesaba entender la cultura de los indígenas con quienes habían decidido convivir, los ASHÁNINKA del Gran Pajonal. Esto fue ya

hace como 30 años. Cuando lo hicieron, sus dos hijitos —un niño y una niña— estaban muy pequeños, y en vez de salir de su casa todas las mañanas para ir a la escuela, salían para la selva con otros niños y tal vez algunos adultos a cazar.

Se pasaban el día cazando, pescando, moviéndose entre árboles, lianas, pájaros e insectos. Aprendían a reconocer a todos estos seres vivos, a ver cuáles eran buenos y cuáles podían ser peligrosos.

Suena bien, ¿no? ¿Qué tal poder pasarse todos los días con otros niños en este tipo de actividades, en lugar de tener que ir a la escuela, donde hay muchos deberes, quizás profesores y tareas que no te gustan?

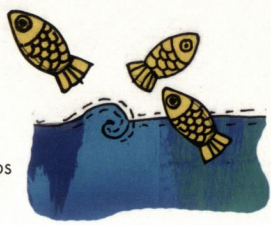
—A mí me suena delicioso no tener que ir a la escuela —dije yo.

—A mí también me gustaría —confirmó Adriana—. Pero señor, ¿y estos niños eran daneses o asháninka?

—Pues yo te diría, desde la antropología, que estos niños, a pesar de ser muy blancos, culturalmente hablando serían mucho más indígenas que europeos. En realidad, ¡podría decirse que eran indígenas blancos!



Adriana y yo nos miramos con cara de confundidos...



cordón umbilical y lo entierra en alguna parte de la aldea, o al borde del bosque.

—Pero les tengo otro ejemplo para que lo entiendan mejor —prosiguió Arturo—. Recuerdo que mi mamá le decía a mi hermano que parecía «ombligado con cola de mico». ¿Alguna vez han oído este dicho?

Al mismo tiempo, echa en el ombligo de la recién nacida una sustancia natural; ésta puede ser oro en polvo, los huesos de un ciervo pulverizados, yerbas medicinales, o cualquier otra cosa.

—No, señor —respondimos Adriana y yo.

—Tal vez ya no se use, no lo sé. El dicho significa que cuando naciste te pusieron en el ombligo cola de mico de la selva —probablemente secada y convertida en polvo—, y que en la misma forma en que el mico es inquieto, tú también lo eres. Esto significa que el mico te transmitió sus cualidades de ser inquieto, de ser ágil para trepar árboles, etc.

Con este ritual se buscan dos cosas: fortalecer los lazos del niño con el lugar donde nació (esto del territorio es muy importante para las comunidades de los bosques tropicales), y por otro lado,

Pues bien, este es un ritual de las comunidades negras, que por más de 300 años han habitado los ríos de los bosques y selvas del Pacífico colombiano. Los antropólogos llaman a esta práctica el *ritual de la ombligada*. Es más o menos así: cuando el niño nace, la mamá es asistida en el parto por la comadrona, con ayuda de otras mujeres de la comunidad. La comadrona corta el





transmitirle al niño una característica del mundo natural: por ejemplo, que sea veloz como el ciervo, o que pueda sanar a otros con las hierbas medicinales, o que tenga suerte buscando el oro en los ríos.

Como podrán observar, estas prácticas rituales son completamente diferentes de las de los niños y niñas en la ciudad. Cuando ustedes nacieron no los obligaron pero sí los bautizaron, no nacieron con comadrona en casa sino en hospital con doctores, no los afianzaron en el territorio enterrando su cordón umbilical sino registrándolos en la parroquia o la oficina de registro civil de su municipio.

—Pero ¿entonces nosotros no tenemos cultura? —preguntó Adriana aterrada.

—¡Claro que sí, todos tenemos cultura! Lo que pasa es que nosotros, los que crecemos en las ciudades, tenemos otra cultura, otros rituales y prácticas, que nos marcan tanto como los de ellos.

—Y entonces, ¿qué es la antropología? —pregunté todavía confundido.

—La antropología es precisamente el estudio y la comprensión de estas diferencias culturales. Si me pidieras

una definición más exacta, diría que la antropología es la ciencia social que estudia las diferencias, las cuales en general se investigan enfocándose en prácticas, rituales, formas de sentir, modos de pensar, etc. Muchos antropólogos llaman a esto «cultura».

Vengan conmigo, vamos a conocer una de estas culturas. ¿Han oído hablar de Buenaventura y Tumaco? Pues bien, alrededor de estas ciudades hay



numerosos ríos y comunidades pequeñas, más que todo comunidades negras. Ahora estamos en el río Yurumangú, cerca de Buenaventura. Nos remontaremos río arriba, y a lo largo del recorrido iremos descubriendo muchos pueblitos con casas construidas sobre pilotes para que no se inunden.

En cada pueblito puede haber entre 100 y 200 personas; hombres y mujeres que se dedican a la agricultura, la caza y la recolección de productos del bosque, y tal vez algo de minería de oro. Es un entorno hermoso, con muchos árboles, palmas y animales de monte. Lo bueno

es que en general las comunidades que habitan las veredas han sabido convivir con la naturaleza, precisamente porque sus prácticas y significados son tales que les permiten usar sin destruir. Aquí han vivido por muchísimas generaciones.

En épocas recientes, como sus comunidades están amenazadas por gente que viene de afuera con la intención de extraer la madera, por ejemplo, o de sacar el oro con grandes máquinas en lugar de hacerlo con los pequeños cedazos que utilizan los nativos, o de destruir el bosque tropical para sembrar palma africana, los ribereños se han organizado para proteger su cultura y su entorno, esto es, sus hábitats o ecosistemas, como los llaman los ecologistas, o sus territorios, como los llaman los activistas de las comunidades.





Entonces, ésta es una segunda lección de la antropología: *la antropología se encarga también de estudiar y entender los conflictos que surgen en el plano cultural*, es decir, en la relación entre culturas diferentes, como las de los habitantes de la ribera de un río y los empresarios de una ciudad.

Imagínense que ustedes y sus comunidades han mantenido por generaciones ciertos estilos de vida que dependen de conservar un balance con el medio ambiente, y de pronto les llega una avalancha de gente de afuera que trata de apoderarse de sus territorios y recursos. Ustedes, obviamente, los van a ver como una amenaza a su modo de vida, pues destruirán la selva que aman y de la cual dependen, lo cual les causará a ustedes mucha tristeza. De esta tristeza y este sentimiento de ser desplazado surge *la organización*; la antropología se encarga de estudiar este aspecto como proceso cultural de defensa de la diferencia.



—Yo no quiero que eso pase, esa historia es muy triste... —dijo Adriana un tanto confundida.

—Pero ocurre, y de ella podemos aprender —continuó Arturo—. Por eso vine aquí, a estudiar estas comunidades. Es el método de investigación de los antropólogos.

—¿Método de investigación? ¿Los antropólogos investigan?

—Por supuesto. La metodología característica de la antropología consiste en que el antropólogo pasa una cantidad de tiempo enorme con el grupo humano que quiere comprender, compartiendo su vida cotidiana.

Durante este período, llamado «trabajo de campo», el antropólogo utiliza muchas metodologías para recoger información, tales como la observación participante y las entrevistas. A todo esto se lo denomina también investigación etnográfica, ya que se trata de describir la cultura de un grupo humano determinado.

Esto tiene que ver con la antropología cultural, que es de la que les estoy hablando, puesto que hay otras ramas muy importantes, como la antropología biológica y la arqueología, que emplean sus propias metodologías. En el pasado, la situación más típica era la de un profesional que convivía con una comunidad indígena, por ejemplo, por todo un año o incluso más, para luego escribir un libraco llamado «monografía».

—¿Hay muchos pueblos así como del que nos habló, es decir, más gente en Colombia diferente de nosotros?
—pregunté muy interesado.

—¿Saben que casi el 25% de nuestra población es afrodescendiente? —dijo



Arturo—. Esto significa que descenden de los primeros africanos que los españoles trajeron por la fuerza, poco después de la conquista de América, hace ya más de cinco siglos. Además,

hay todavía muchísimos indígenas en nuestro territorio, más de un millón si mal no recuerdo, que hablan otras lenguas y tienen visiones del mundo distintas de las que tenemos los que habitamos las ciudades.

Hay grupos importantes, como aquellos que antes llamábamos «gitanos» y que ahora llamamos los roma, pues así se definen ellos. También existen grupos campesinos, urbanos, blancos y mestizos; católicos, protestantes y no cristianos, grupos más pequeños —pero no por ello



menos importantes— de musulmanes y judíos (¡imagino que debe haber hasta budistas!); hombres y mujeres, solteros, casados o con otras orientaciones sexuales, etc. Es decir, en nuestro país hay una gran diversidad étnica, cultural y religiosa.



Además, uno de los aspectos más impresionantes de Colombia es la gran diversidad ecológica, o sea, de paisajes y ecosistemas, que se refleja en las distintas formas de vida, como vimos en el caso de las comunidades de los ríos del Pacífico —terminó Arturo, sin duda muy emocionado al contarnos todo esto.

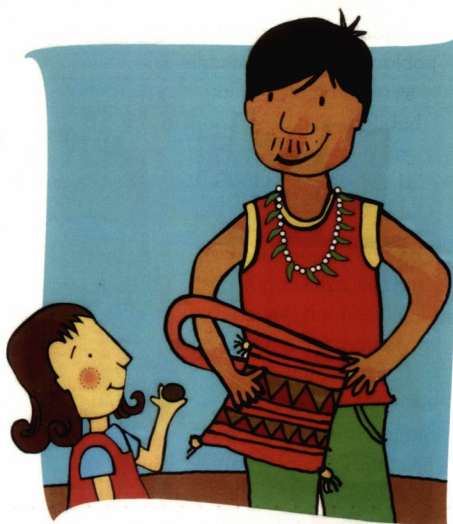
Estábamos ahí sentados a la orilla del río, hablando entretenidamente, cuando se nos acercó un indígena. Venía vestido con una camisa y un pantalón como los que usamos nosotros, pero llevaba muchos collares con plumas y huesos de animales, y hablaba una lengua que no entendíamos.

Arturo nos explicó que a él y a su comunidad les agradaba mucho que nosotros nos interesáramos por ellos de manera respetuosa y que por ese motivo quería regalarnos su mochila, que había hecho con las fibras de una palma llamada cumare.

Yo me sentí muy mal porque no tenía nada para darle a cambio, pero mi hermanita, que guardaba un chocolate en el bolsillo, se lo regaló al indígena en señal de agradecimiento.

Nos pareció increíble la amabilidad de esta gente, pero también veíamos que sus casas eran de palma y madera, y no había baños o una estufa de gas, menos televisor... Adriana preguntó entonces:

—Arturo, ¿y esta gente que vive en la selva está más atrasada que nosotros? Porque ellos carecen de muchas de las cosas que nosotros tenemos...





—En realidad, queridos amigos, es todo lo contrario. Para muchas comunidades indígenas y afrodescendientes de diferentes partes del mundo, entre ellas las de Colombia, el llamado «hombre moderno» es un depredador. Sitúense de nuevo en el río del Pacífico que les describí y en la destrucción que el hombre blanco ha traído a sus territorios: tala los árboles para plantar palma o coca, contamina los ríos para sacar oro con grandes máquinas, mata a los animales, usa pesticidas poderosos que acaban con las plantas nativas, etc. Ahora decimos que todo esto está agotando la diversidad biológica del país.

Los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta, en su sabiduría, consideran que los habitantes de las ciudades somos sus hermanos menores, ya que aún no hemos aprendido a vivir. Y es verdad; comparados con muchos de estos grupos, nuestras prácticas y costumbres dejan mucho que desear. Y lo peor es que nos creemos superiores a ellos. Esto es lo que en antropología se llama etnocentrismo: el creer que nuestra

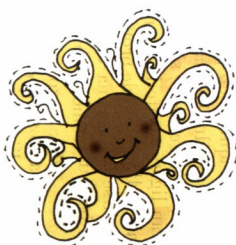
cultura «moderna» es, si no la única, al menos la mejor de todas. Es urgente que cambiemos esta percepción.

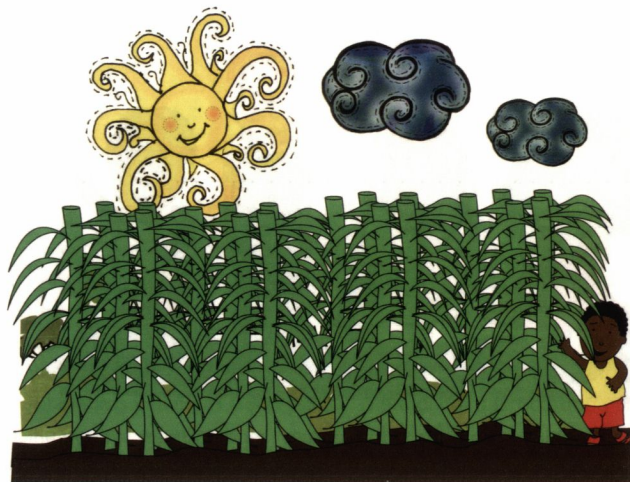
—Según esto, parece que somos un país racista... —comenté con tristeza.

—Infortunadamente, sí —dijo Arturo—. Desde pequeños se nos ha inculcado la idea de que Colombia es una nación mestiza, producto de la mezcla de las razas blanca, negra e indígena, y que por tanto aquí no hay racismo. Bueno, puede que esto haya cambiado algo después de la Constitución de 1991, a partir de la cual el país se define como «pluriétnico y multicultural», pero la verdad es que todo sigue igual; el racismo de los blancos y mestizos contra negros e indígenas en ocasiones es horrible, conduciendo a

algunos hasta la matanza, pero muchas veces es más sutil, como cuando nos referimos a otros como «negros» o «indios» de un modo despectivo.

El racismo es de las peores cosas de una sociedad, y por esto debemos hacer lo posible por erradicarlo. El principio que nos trae la antropología es que *todos*





somos iguales, así seamos diferentes: la igualdad en la diferencia.

Imagínense que están tranquilos en su casa y vienen unos hombres armados a sacarlos a todos, incluyendo a sus padres, si aún están jóvenes. Los amarran con cadenas y los transportan a todos en barcos —bueno, en estos días podría ser en aviones o incluso en naves espaciales, no importa— y cuando llegan al otro país, si es que sobreviven, los condenan a trabajos forzados por el resto de sus vidas. Suena horrible, ¿no es así?

—¡Sí! Yo no quiero que me pase eso, ni a mis papás ni a mi hermano —dijo Adriana casi gritando.

—Los traficantes europeos esclavizaron a millones de africanos en esta forma y los trajeron a América, contra su voluntad, a trabajar en las minas y plantaciones.



Sabrán que el Valle del Cauca está lleno de plantaciones de caña de azúcar, ¿no? Pues bien, estas plantaciones crecieron tanto gracias al trabajo de los esclavos africanos. Hasta hoy en día los afrodescendientes trabajan durísimo, por salarios muy bajos, como corteros en estas plantaciones. Y encima de eso los dueños de las plantaciones, y los caleños blancos y mestizos, en general, piensan que los negros son inferiores. Muchos otros piensan lo mismo de los indígenas.

—Y en medio de todo esto, ¿usted cree que estas comunidades tienen posibilidades de sobrevivir? —le pregunté a Arturo.

—Es difícil de saber, pero podemos mencionar varias cosas: en primer lugar, en muchos países están resurgiendo las comunidades indígenas y afrodescendientes, reprimidas por más de 500 años. Esto se debe a que se han organizado. Entonces la primera lección es que *la organización es clave*. Es lo que se conoce como movimientos sociales.

En segundo término, ya existen algunos espacios en los que estas comunidades están pasando de la protesta a la propuesta, de la resistencia a la creación de condiciones para su existencia en la forma en que ellos deciden vivirla.

Entonces, segunda lección: hay un afán de autonomía y de desarrollo de formas propias de economía, de relación con la naturaleza y con los otros, al que debemos prestarle atención.

En tercera instancia, a ellos y ellas les va a quedar muy difícil lograr sus objetivos si las sociedades modernas —el gobierno, los grupos armados, los inversionistas, los mineros, los expertos en desarrollo, etc.— no entienden que

tienen que colaborar con este proyecto de las comunidades.

Lección final: debemos desarrollar nuestras propias formas de solidaridad con este proyecto de transformación de las comunidades. Y cada vez hay más gente que piensa que no sólo la supervivencia de estas comunidades sino también la nuestra, como «modernos», depende de que nos demos cuenta de estos procesos y actuemos de acuerdo con ellos.

Moderno: todo aquello que se refiere a la época actual o al menos a una época reciente, y por tanto con los cambios, el desarrollo y las nuevas visiones que se hacen evidentes por el paso del tiempo.

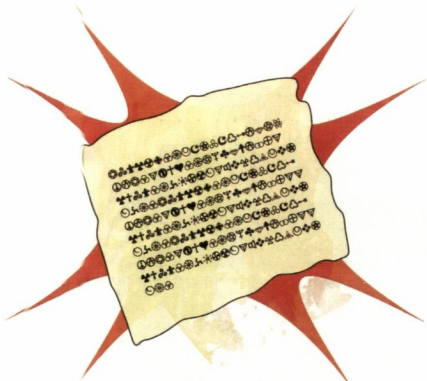
—Arturo, gracias por todo; hemos aprendido muchísimo hoy y nos hemos divertido bastante conociendo personas y lugares maravillosos —le dije muy emocionado.

—Lo hice con mucho gusto, niños. Espero que ahora tengan una visión más clara de la antropología y de su importancia en nuestra sociedad.

—Claro que sí. Ahora debemos irnos porque todavía tenemos más mundos que recorrer —dijo Adriana—. De nuevo, muchísimas gracias.

—¡Cúidense, niños!





Luego de nuestra conversación con el antropólogo, caminamos en busca de la salida. Llegamos entonces donde el tótem, una figura de madera gigante, que hablaba.

—Buenos días, niños. ¿Qué hacen por aquí?

—Queremos regresar a nuestra casa.

—¿Me trajeron la mochila?

—Sí, señor.

—Bien, dentro de ella encontrarán un papel escrito en lengua indígena, con sus preguntas; ¿pueden alcanzármelo?

—Aquí está. ¿Podemos conservar la mochila?

—Claro que sí, ese fue un regalo para ustedes; además, les servirá para cargar los demás objetos.

—Gracias.

—Bueno, aquí van las preguntas. Primera: ¿qué opinan de la idea de que todos somos iguales?

—Pues esa es una de las claves de la antropología —dijo Adriana—, ya que todos, aunque seamos de diferente raza, edad, o vivamos en lugares distintos, tenemos un modo de ver el mundo, unas creencias y unas formas de hacer las cosas, es decir, una cultura para compartir y la antropología puede estudiar todo esto.

—De acuerdo —dijo el tótem, y continuó: segunda pregunta: ¿ustedes recuerdan alguna de las maneras en las que los antropólogos investigan?

—Esa sí la sé yo —respondí rápidamente—. La etnografía es una forma, y es cuando comparten la vida de un grupo de personas y escriben sobre eso, como en la historia que nos contó Arturo al empezar este viaje.

—Qué buena memoria —dijo el tótem sonriendo.

—¡Excelente! ¡Buen regreso!

Y ahí, a los pies del tótem, se abrió una puerta por donde caímos, pero fue muy divertido porque llegamos a un sofá largo y enorme que amortiguó la caída.



Los misterios de la mente



Este es el mundo de la psicología —dijo Anastasia, apareciendo de nuevo como por arte de magia.

—Aquí hay muchos niños como ustedes, y con ellos pueden aprender muchas cosas.

—Y ¿quién nos va a esperar al final de este mundo? —pregunté.

—Al final está la dama de las hadas, una mujer tierna y comprensiva, que es mi madre y la madre de todas las otras hadas.

Como siempre, a la entrada estaba la imagen, esta vez con un letrero que decía «El juego del cerdito».

Cuando entramos en este mundo, notamos que era muy diferente de los dos anteriores. Aquí había niños de todas las edades, algunos activos, otros no tanto, así como niños invidentes y niños sordos, todos jugando y riéndose.

Después de andar un rato sin entender qué pasaba, se nos acercó una señora.

—Hola, niños, me llamo Rebeca Puche y soy psicóloga. ¿Qué los trae por aquí?

—Mi nombre es Adriana y él es mi hermano Juan Carlos. Vinimos a aprender de la psicología, ¡pero aquí sólo hay niños jugando!

—Eso es cierto, porque este es un mundo de psicología especializada en niños —afirmó Rebeca.

—¿Y acaso los niños están más locos que los adultos? —preguntó Adriana.

—No, lo que pasa es que la psicología cognitiva, que es en la que yo trabajo, trata de entender cómo piensan y aprenden los niños y con qué capacidades cuentan desde pequeños; no tiene nada que ver con la locura.

—Pero yo siempre pensé que la psicología era para los locos —comentó brlina Adriana.

—Adriana, ¡no seas imprudente! —dije oariado.

—No te preocupes, Juan Carlos —comentó Rebeca—, mucha gente piensa o. Hay partes de la psicología que se edcan a las enfermedades mentales, eo es cierto, pero hay otras partes que s dedican a comprender omos pensamos.

Por ejemplo, quitenemos e juego de leno, que nos ouca a entender los procesos de ociación de los niños y pr tanto su hbilidad

pr las ciencias. ¿Quieren jugar?

—Sí —gritó Adriana feliz, porque le hía encantado la película.

Rapidamente, mi hermana entendió ae al hacer girar las ruedas, el papá de leno podía llegar a su destino sin que etiturón se lo comiera. Rebeca la felicitó pr a rapidez de su comprensión y le dijo

que tenía grandes habilidades para las ciencias.

—Pero ¿por qué? —preguntó Adriana.

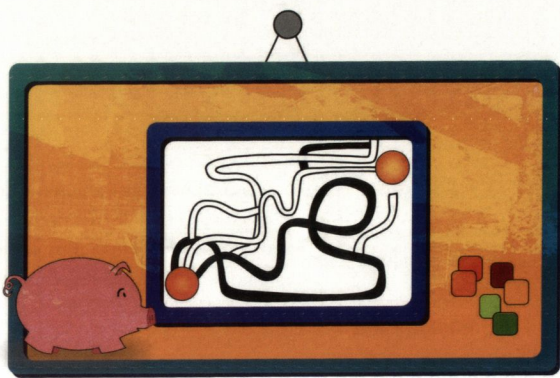
—Las ciencias utilizan un proceso de pensamiento basado en asociaciones. Cuando a temprana edad y con mayor rapidez que los demás niños se logran estas asociaciones, se puede decir que el niño tiene la capacidad de razonar de tal modo, es decir, de manera asociativa, y es muy probable que desarrolle habilidades científicas.

—Ah... ¿también se puede decir lo mismo de los niños que tienen alguna discapacidad?

—Claro que sí —asintió Rebeca—, por eso también

hacemos estudios con ellos, para saber cómo aprenden y qué tanto se diferencian de los niños sin discapacidad. Igualmente estudiamos a niños muy pequeños, para saber cómo funciona el cerebro a tan temprana edad. Los invito a que me acompañen al salón de juegos de los niños invidentes para que entiendan mejor.





Aquí los niños realizaban juegos usando otras habilidades, como el tacto o el oído, haciendo pruebas igual de difíciles que las de los niños videntes.

—Si les pidiéramos a los niños invidentes que no hagan lo mismo que nosotros, estaríamos pensando que son menos capaces. ¿No creen? —comentó Rebeca.

—Tienes razón —dije—. Ahora entiendo que ellos tienen tantas capacidades como nosotros, pero utilizan otros sentidos, como el tacto o el oído.

—Claro que sí. Gracias a la psicología podemos estudiar este tipo de casos y así colaborar para que la educación que reciban los niños y niñas esté mejor adaptada a sus capacidades. También les ayudamos a los maestros a entender estas cosas para que puedan enseñar mejor.

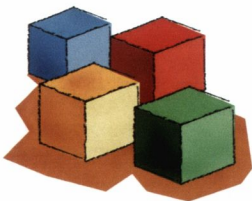
Me quedé pensando en lo que había dicho Rebeca. Ella continuó:

—En niños videntes estudiamos, por ejemplo, los procesos de pensamiento.

—¿Eso qué es? —pregunté.

—Eso significa que cuando uno piensa, hace asociaciones en la cabeza y ordena los pensamientos de algún modo; esto se hace en forma distinta cuando uno es niño de cuando es adulto. Para que me entiendan mejor, los invito al juego del cerdito.

Aquí decidí jugar yo. La idea era sacar primero al cerdito del laberinto y luego construirle una casa con unas figuras que estaban en desorden. Me dejaron jugar, y aunque me demoré un poquito en encontrar la salida, armar la casa fue fácil.



—¿Ves, Juan Carlos? —comentó Rebeca—. Se necesitan dos procesos de pensamiento para poder jugar con el laberinto: uno te permite sacar al cerdito del laberinto y el otro, construirle la casa. Son dos tareas diferentes: una «desarma» para poder sacar al cerdito y la otra arma. Son tareas contrarias y nos explican cómo piensan los niños. Te voy a regalar el juego para que lo practiques con tus amigos y veas cuáles arman y cuáles desarman más rápido. Es divertido, ¿no crees?

—Sí, ahora entiendo. Muchas gracias —dije, y guardé el juego en la mochila

para poder mostrárselo a mis amigos en el colegio.

—Esos bebés se ríen mucho —dijo Adriana inquieta.

—Aquí les mostramos a los niños más pequeños algunos chistes visuales; esto nos permite entender que ellos hacen asociaciones y que por eso se ríen. Podemos entender que, pese a ser tan chiquitos, tienen la capacidad de comprender y de hacer asociaciones.



—¡Increíble!

Siempre pensé que los niños tan pequeños no pensaban mucho; que había que esperar a que crecieran y fueran al colegio para que pudieran entender, pero la psicología nos está enseñando lo contrario.

—Entonces, Rebeca —pregunté—, ¿la psicología es una ciencia que explora el pensamiento?

—Sí, pero también debe explorar las cosas por medio de la experiencia, pues todo aquí son juegos, hay muy pocas

palabras. Entonces la manera de estudiar la psicología es a través de la experiencia, que en el caso de los niños son los juegos. Estudiamos el desarrollo cognitivo, que es la capacidad de aprender, por medio de experiencias, como los experimentos de un laboratorio, y según las respuestas de muchos niños sacamos conclusiones.

—Ustedes usan palabras raras pero tienen juegos muy divertidos —apuntó Adriana—. Hemos aprendido mucho hoy. Gracias, Rebeca, ahora ya sé que la psicología es importante para la educación y que no es sólo para los locos.

—Con mucho gusto, niños; espero que hayan disfrutado su paso por aquí.

Este fue un mundo muy interesante, en el que jugamos al laberinto y aprendimos que los procesos de pensamiento para entender ciencias como las matemáticas son los mismos que se necesitan para entender un chiste dibujado, por ejemplo.

Al final estaba, como había dicho Anastasia, un hada enorme, con unas alas multicolores, sentada sobre un sofá.

—Por fin llegaron, los estaba esperando hace rato.

—Perdón, pero nos entretuvimos con los juegos.

—Tranquilos, no hay problema, ¿les regalamos el juego del cerdito?

—Sí, aquí lo tenemos.

—Bueno, eso significa que disfrutaron mucho de este mundo; guárdenlo bien para que puedan volver a jugar con él.

—Gracias, lo cuidaremos mucho.

—Bien, pasemos ahora a las preguntas. Según lo que vieron, ¿pueden decirme qué es la psicología?

—Pues nosotros creemos —afirmé— que es una ciencia que estudia el pensamiento y las formas de comportarse a través de juegos, que se llaman experiencias. Claro que eso fue lo que vimos con los niños, no sabemos qué pasa con los adultos.

—Pero eso está muy bien, los juegos les permiten a los psicólogos acercarse a los niños en un lenguaje que ellos entiendan y que les guste. Segunda pregunta: ¿qué sucede con niños que tienen diferentes capacidades, como los niños invidentes?

—Aprendimos que para poder entender cómo piensan los niños con capacidades diferentes hay que hacerles juegos distintos, en los que se utilicen esas otras capacidades. Con los invidentes, por ejemplo, hay que inventar juegos en los que se use el tacto o el oído y no la vista —respondió Adriana.

—Muy bien. Veo que aprendieron muchísimo y que entendieron que la psicología nos ayuda a comprender a los seres humanos, sin importar la edad o las capacidades que tengan.

—Eso es cierto, ya no creemos que la psicología sólo estudia a los locos —dijo mi hermana sonriendo—. Muchas gracias.

—Hasta luego, niños; espero que regresen pronto a casa.

Luego de responder las preguntas, una puerta apareció detrás del sofá donde estaba sentada el hada.



Mejor que ir al supermercado



Después de pasar por la puerta, llegamos a un mundo que se parecía al mundo normal. Había de todo: supermercados, centros comerciales, lavanderías, plomerías, tiendas, escuelas... era como si hubiéramos vuelto a casa, pero sabíamos que no lo habíamos hecho y nos llenamos de curiosidad.

En el momento en que observábamos cómo las personas compraban o vendían, se nos acercó un hombre alto y corpulento, que con voz muy amable nos dijo:

—Bienvenidos al mundo de la economía. Aquí van a aprender sobre el

dinero y la influencia que tiene sobre los niños.

—¿El dinero tiene influencia sobre nosotros? —preguntó Adriana, un tanto curiosa.

—Claro que sí. Vengan a curiosear y lo entenderán.

Ahí estaba la imagen; esta vez era una moneda grande.

Caminamos un rato por este lugar tan familiar, tan conocido, y nuestro acompañante se presentó:

—Mi nombre es José Antonio Ocampo, soy economista, y ¿ustedes quiénes son?



—Yo soy Juan Carlos y ella es mi hermana Adriana. Estamos tratando de regresar a nuestra casa.

—¿Puedo colaborarles en algo?

—Pues necesitamos conocer sobre este mundo de la economía para poder salir. ¿Podríamos hacerle algunas preguntas?

—Claro que sí.

—Bueno, si este mundo se parece tanto al mundo en el que vivimos, ¿qué es la economía?

—La economía tiene que ver con *la manera como se organizan los mercados*, la producción y el comercio de todas las cosas que necesita la gente para vivir bien. Pero también está relacionada con que una parte de las cosas que requiere la

gente es proporcionada por los gobiernos, como los servicios de salud o la educación básica.

—Y ¿cómo influye esto en una sociedad? —pregunté.

—La economía es una más de las instituciones de la sociedad, como la familia, las instituciones políticas o religiosas; por tanto, está relacionada con una parte de la organización de las sociedades, que es la de la producción y el

comercio de los bienes y servicios que la gente necesita.

—Y ¿cómo nos afecta esto a los niños?

—Tiene que ver, por ejemplo, con el ingreso, es decir, el dinero que los padres traen a la casa para poder alimentar a la familia, comprar ropa, pagar el transporte, los libros que llevan al colegio...

—Pero en eso del ingreso hay muchas diferencias. Yo tengo un amigo que está en Estados Unidos y él vive de una manera muy distinta —les comenté muy serio.

—Para comenzar —dijo Antonio—, el niño típico de un país como Estados Unidos o Europa puede tener más



alimentos, o más ropa; esa es la primera diferencia. Pero también hay que tomar en cuenta que en toda sociedad hay grandes diferencias entre los grupos sociales; no es lo mismo hablar de un niño pobre que de un niño rico en Estados Unidos.

Quizás el niño pobre de Estados Unidos no es tan distinto de un niño promedio de Colombia. Y definitivamente un niño pobre vive muy diferente de un niño rico aquí en nuestro país porque carece de lo más esencial: la casa en la que vive es muy pobre; en algunos casos, no tiene luz ni agua potable, y tampoco recibe los alimentos básicos.

La economía estudia cuánta gente tiene muchos recursos económicos y cuánta muy pocos, y busca entender esas diferencias y por qué se generan.

—Y ¿por qué se generan? —preguntó Adriana con curiosidad.

—En primer lugar, por la distribución desigual de los recursos y de la tierra. Quienes no tienen tierras, no pueden cultivar para sostener a sus familias, y quienes tienen bajos ingresos, esto es, poco dinero, enfrentan dificultades para comprar alimentos o pagar un servicio médico, por ejemplo.

Así mismo, tiene que ver con el acceso a la educación. Generalmente, los estratos más altos pueden estudiar más, lo que les permite conseguir trabajos mejor pagados.

—Pero ¿de dónde vienen esas diferencias tan grandes, a qué se deben? —insistí preocupado.

—Están relacionadas con la forma en que se organizan las sociedades —dijo Antonio—, que a veces son profundamente injustas; y además, con la historia.



Muchas sociedades son inequitativas, y precisamente una de las responsabilidades básicas en todos los gobiernos, con respecto a la economía, es tratar de reducir esas desigualdades tan enormes y contribuir de algún modo a que por lo menos todo el mundo tenga algo básico: alimentos, una vivienda digna, educación, servicios de salud.

Yo estaba sentado escuchando con mucho cuidado, cuando de pronto vi brillar algo a lo lejos. Entonces le susurré a Adriana:

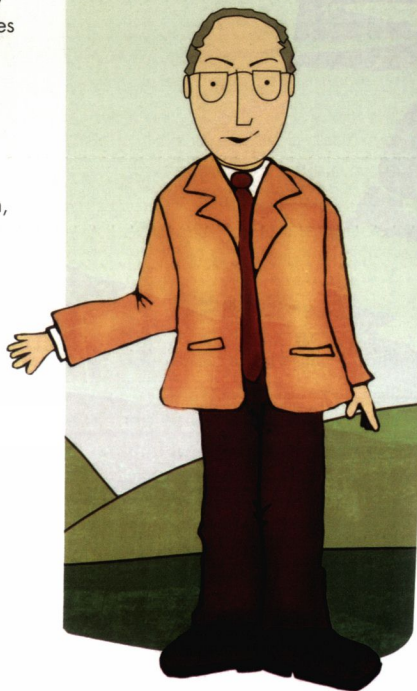
—Mira, ahí está la moneda que debemos encontrar.

—Esperemos a que termine con el cuento y vamos a recogerla —me contestó ella.

—Señor, ¿la pobreza es una característica de nuestro país? —le pregunté.

—La historia nos muestra que los países ricos siempre han sido ricos y los países pobres siempre han sido pobres. Lo mismo ocurre generalmente con las familias. Aunque algunas se mueven de una categoría a otra, por lo regular un niño rico tuvo un padre rico que a su vez tuvo un abuelo rico, y lo mismo sucede con los pobres.

Entonces, en primer lugar, la pobreza no caracteriza a la Colombia de hoy; la pobreza ha sido una característica de una mayoría de la población del país hoy, ayer y anteayer.



—¿Y por esa pobreza es que hay violencia en Colombia? —dijo Adriana sorprendida.

—Eso se ha discutido muchísimo —apuntó Antonio—. Hay alguna razón para pensar que sí, pero según algunas investigaciones hoy en día la pobreza no necesariamente genera violencia. Incluso es más probable que sea la desigualdad la que genera violencia, más que la pobreza misma. Sobre eso existe una discusión muy amplia, con posiciones diferentes.

—¿Se está haciendo algo para acabar con esa desigualdad?

—pregunté.

—Hay muchas iniciativas, de toda naturaleza. En Colombia se ha avanzado bastante, por ejemplo, en el acceso al agua potable o al servicio de energía; incluso existen planes de vivienda social y de alimentación escolar.



Mientras José Antonio contestaba la pregunta, recordé imágenes del noticiero en las que se hablaba del número de niños que no van aún al colegio...

Antonio continuó:

—Se ha avanzado mucho en cuanto al acceso a la educación primaria para todos los niños y niñas, y el objetivo ahora es lograr lo mismo en la educación secundaria.

—¿Y con educación podremos salir de la pobreza? —pregunté.

—Es uno de los elementos claves, pero no es suficiente. Está muy claro en muchos países que el acceso a la educación es fundamental, porque sin ella la gente no tiene las herramientas para alcanzar el éxito. Quizás otro elemento igual de esencial sea el empleo. Si la gente no tiene un buen empleo, es porque el funcionamiento de la economía no lo permite, por lo que se generan serios



problemas de pobreza y de desigualdad.

—Pero no todos los trabajos son iguales, ni se pagan igual. El papá de una amiga mía es taxista y él no gana lo mismo que mi papá... —comentó Adriana.

—Buen punto. Esto se genera por un acceso desigual a las oportunidades de trabajo, mientras que la pobreza siempre está asociada a la escasez de empleo.

—Pero ¿cómo solucionamos esto? —preguntó de nuevo realmente preocupada.

—En las sociedades más equitativas, eso lo solucionan de distintas maneras. Para comenzar, muchos trabajos desaparecen,



como por ejemplo el trabajo doméstico, ya que todo el mundo hace las tareas básicas, familiares. Como no hay quien cuide a los niños en las casas, se crean lugares especiales para ello y esto genera empleos mejor pagos porque requieren mayor preparación. Los trabajos cambian y la diferencia del salario entre un barrendero y un congresista, por ejemplo, también es mucho más pequeña.

Ya era hora de despedirnos. Mientras caminábamos, nos acercamos a donde brillaba la moneda. La recogimos y la guardamos en la mochila.

—Gracias, José Antonio; hemos aprendido muchísimo hoy —le dije.

—De verdad, muchas gracias. Ahora tenemos que irnos si queremos llegar a tiempo —añadió Adriana.

—Adiós, niños; ojalá lleguen pronto a su casa.

Después de tantas lecciones de economía, ya tenía hambre, pero mi hermana estaba tan emocionada que cuando se lo dije me reprochó:

—Pero Juan Carlos, si el conocimiento es

alimento para la cabeza; todavía nos quedan dos mundos más antes de volver, así que deja de quejarte.

Y dejé de quejarme. Para cuando habíamos terminado la discusión, estábamos ya a los pies de un muñequito como el de Monopolio, sentado en un enorme signo pesos.

—¿Cómo les fue en el mundo de los mercados? —preguntó el personaje.

—Pues es un poco complicado —dijo Adriana—. Pero entendimos que está relacionado con la posibilidad de tener cosas y recibir servicios...

—Y también con la idea de que el Estado y los gobiernos velen porque todos tengamos por lo menos cosas básicas, como alimentación, educación y salud —afirmé.



—¡Qué interesante! Así que no tiene que ver sólo con dinero, comprar o vender —dijo el personaje.

—Pues sí —apuntó Adriana—, pero relacionado con vivir de manera adecuada, con comodidades pero sin lujos.

—Ya entiendo. Y ¿trajeron la moneda? —preguntó.

—Sí, señor, aquí la tenemos.

—Bueno, ahora deben guardarla bien porque les va a servir para entender el valor del dinero en la vida. Ese es mi regalo para ustedes.



—Muchas gracias, siempre lo recordaremos.

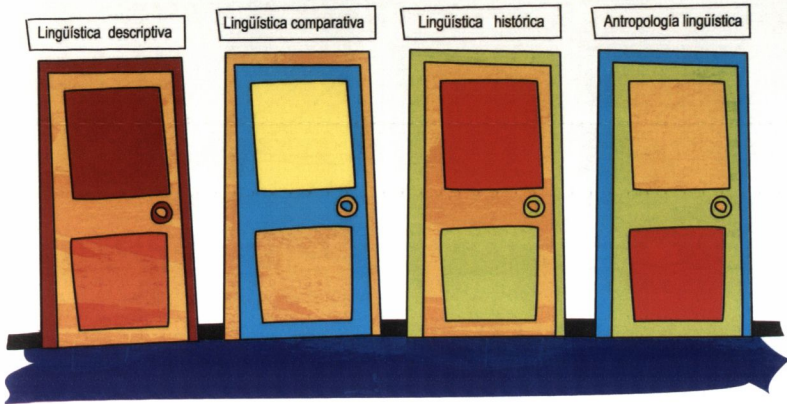
—Continuemos —dijo—. En la conversación con Antonio, hablaron de las desigualdades sociales. ¿Recuerdan por qué?

—Por supuesto —dijo Adriana—. En la economía ese tema es muy importante, porque en nuestras sociedades hay gente muy rica y gente muy pobre y los economistas deben investigar para dar ideas que ayuden a que esto disminuya; es decir, que los pobres tengan acceso a las cosas básicas y que cada vez sean menos pobres.

—Me sorprende ver cuánto han aprendido. ¡Felicitaciones!

Con esta frase terminamos la conversación y él mismo nos llevó de la mano a unas rejas enormes, por donde pasamos a un mundo lleno de letras.

La palabra de las lenguas



Este es el mundo de la lingüística, niños, pero deben apurarse porque se hace tarde y sus padres pueden estar preocupados —dijo Anastasia, que nos estaba esperando—. Aquí van a encontrar varias puertas a la entrada, y ustedes pueden escoger la que más les guste.

—¿Por qué hay tantas puertas?
—preguntó Adriana.

—Porque la lingüística tiene varias ramas, es decir, varias opciones desde donde se puede estudiar —contestó Anastasia.

Yo mientras tanto pensaba en que tenía hambre y que quería llegar a casa para contarles a nuestros padres sobre esta maravillosa aventura.

—¡Vamos, Juan, aquí les podemos hablar a las letras!

En este mundo, las letras jugaban a juntarse para formar palabras en varios idiomas. Anastasia nos contó que en el mundo hay millones de lenguas, y que aquí en Colombia varias de las lenguas provienen de los indígenas, que estaban aquí antes de que llegaran los españoles y nos enseñaran el castellano.

Pegada en la puerta de entrada estaba la imagen del objeto que debíamos recoger, y que siempre esperábamos con gran curiosidad. El objeto, esta vez, era una letra A pequeña.

Había un letrero que decía: «Bienvenidos al mundo de la lingüística. Esta es una





ciencia que se ha construido a lo largo de la historia en torno a los hechos del lenguaje, esto es, a la facultad de comunicarse que tienen los seres humanos, y a las lenguas naturales en las que se expresan».

Luego de leer esta inscripción, observamos varias puertas, como nos había contado Anastasia. Una decía «lingüística descriptiva»; otra, «Lingüística comparativa»; otra más, «Lingüística histórica», y una más adelante, «Antropología lingüística».

Como no sabíamos por cuál entrar, mi hermana lo decidió de modo simple:

—Como ya conocemos la antropología, entonces entremos a la antropología lingüística.

Tras la puerta había un señor muy amable, que nos dijo:

—En este mundo pueden viajar teniendo en cuenta la relación que existe entre

las lenguas o idiomas que las personas hablan y sus maneras de comportarse, como cultura.

—Suenan un poco raro... —dije sorprendido.

—Esto se refiere a la posibilidad que nos dan las lenguas de comunicarnos con otras personas y en esta forma compartir su cultura.

—O sea que las palabras y el idioma no sólo sirven para hablar sino para conocer cómo viven y cómo se comportan otras personas... —dijo Adriana con mucha naturalidad.

—Así es —respondió el señor—. Para que entiendan mejor, los invito a recorrer las lenguas habladas por los indígenas colombianos en la Sierra Nevada de Santa Marta y sus alrededores. Allí se hablan lenguas como el damana de los wiwas o el koguián de los koguis.

—Muchas gracias. Avancemos entonces —dije.

Después de caminar un rato encontramos un mapa y un tablero con unas letras que jugaban en él, formando un cuadro.

—Vengan, niños —nos animó el señor—, conozcan cómo las lenguas se han ido moviendo por el territorio nacional.

—¿Las lenguas se mueven?

—Claro que sí, pues de esta manera forman cuatro corrientes de movimiento como las que ven aquí:

- Pueblos de habla chibcha de procedencia centroamericana.
- Pueblos de habla arawak de procedencia guayanesa.
- Pueblos de habla caribe de procedencia amazónica.
- Pueblos de habla quechua de procedencia andina.

—Y ¿esas son todas las lenguas que se hablan en Colombia? —pregunté.

—No, por eso mis amigas aquí están armando esta tabla. En realidad, se

hablan más de 70 lenguas y en muchos pueblos se expresan en varias. Observen el tablero y lo entenderán mejor. (ver página 46).

—Son muchas lenguas indígenas —dije—. ¿Eso significa que los niños indígenas son bilingües?

—Sí. El bilingüismo de los niños indígenas, como el de sus padres, permite que puedan mantener la visión del mundo que hay dentro de su cultura, y la que tenemos los que sólo hablamos el español, que nos da identidad de colombianos. Es decir, cada lengua permite conocer una cultura distinta. Voy a presentarles a una amiga, lingüista como yo, que ha encontrado cosas muy interesantes en sus investigaciones.

—Hola, niños. Me llamo María Trillos, y les tengo tres ejemplos muy interesantes sobre lo que ocurre con las lenguas indígenas y el español en nuestro país. Un primer ejemplo es el de la Sierra Nevada de Santa Marta. Allí los niños koguis, quienes siguen los ritos religiosos en tezhuan, juegan con los niños wiwas en damana; en la escuela, siguen las instrucciones de los maestros en español, y cuando se encuentran con un niño arhuaco lo saludan en ikan.



Regiones	AMAZONIA	ORINOQUIA	ANDES	PACÍFICO	CARIBE
Familias					
CHIBCHA		Uwa	Uwa, Bari		Koguián (Teyuna), Ikan, Damana (Terruna), Ette Taara, Tule
ARAWAK	Curripaco, Baniva del Isana, Kabiyarí, Yucuna				
Piapoco, (Tariano)	Achagua				
Piapoco, Curripaco, Baniva del Guainía			Wayunaiki		
CARIBE	Carijona				Yukpa
QUECHUA	Inga		Inga		
TUCANO	Coreguaaje, Siona, (Tama), (Makaguaaje), Cubeo, Pisamira, Piratapuyo, Wanano, Desano, Carapana, Tucano, Tatuyo, Taiwano, Barasana, Bará, Macuna, Tuyuca, Yurufí, Siriano, Tanimuca	Wanano, Cubeo, Desano, Tucano, Piratapuyo	Coreguaaje		
SÁLIBA- PIAROA		Sáliba, Piaroa			
GUAJIBO	Guayabero, Sikvani	Sicvani, Jitnu			
Cuiba, Guayabero					
MACÚ- PUINAWE	Puinave, Yujup, Cacua, Nukak	Puinabe			
UITOTO	Uitoto, Ocaina, Nonuya				
BORA	Muinane, Bora, Miraña				
CHOCÓ	Embera		Embera	Embera, Wauwana	Embera- katio
BARBACOA	Awabit		Awabit	Awabit	
LENGUAS AISLADAS	Andoque, Cofán, Kamsá, Tinigua, Ticuna, Nasayuwe				
(Cocama), (Yagua), (Yuri), Neengatú	(Yaruro) Ñeengatú	Cofán, Kamsá			
Nasayuwe, Namtrik	Nasayuwe				



Además, en el pueblo cercano a su comunidad se expresan en español.

—¡Vaya, hablan cuatro idiomas! —dijo mi hermana.

—Y eso no es todo —continuó María—. En el Vaupés, un niño tiene padres que hablan lenguas diferentes, por lo que aprende ambas; en la maloca interactúa en más de tres lenguas diferentes y cuando viaja con sus padres en planes comerciales se expresan en tukano, considerada lengua franca; es decir, una lengua que todos conocen. Además, por estar ubicados en la frontera con Brasil, habla portugués, y en la escuela atiende las orientaciones en español.

—Qué chévere —dije—, me encantaría saber todo eso.

María continuó:

—Un último ejemplo es el de San Andrés, pues allí los niños rezan en inglés

en el templo bautista, sus padres los miman en creole y siguen las clases del colegio en español.

Mientras estábamos mirando el tablero y aprendiendo de lenguas, una *a* minúscula saltó del tablero a la mochila: ese era nuestro objeto.

—Entonces, ¿qué pasa con el español? —preguntó Adriana.

—Para ellos el español es una segunda lengua, y los padres de los niños indígenas consideran necesario que la manejen muy bien para que se les facilite el contacto con los campesinos, las autoridades y los comerciantes que circundan sus poblaciones, y en especial con los representantes del Estado colombiano. Usar muy bien el español tanto hablado como escrito es muy importante, pues en ese idioma están escritas las leyes del país, los títulos de propiedad de la tierra y las leyes y decretos que rigen la constitución de sus resguardos. Por eso son esenciales las escuelas donde se enseñan la lengua de sus culturas y el español. Es lo que se llama etnoeducación —respondió María.

—Y estos niños que hablan varias lenguas, ¿aprenden inglés? Porque a mí



me cuesta mucho trabajo
—dije un poco aburrido.

—Tomando en cuenta esa experiencia, a ellos les resultará muy fácil aprender inglés, por ejemplo. Los científicos del lenguaje han comprobado que los niños de cualquier parte del mundo que crecen en contextos multilingües tienen más facilidad para dominar una tercera lengua.

—Es increíble. Yo siempre pensé que el bilingüismo era poder hablar en español y en inglés, pero hay niños indígenas que hablan varias lenguas, muchas más que nosotros —comenté.

Bueno —intervino Adriana—, pero ¿el español no es el idioma oficial de Colombia?

—El artículo 7° de la Constitución nacional —apuntó María— dice: «El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana». Esto significa que es obligación de todos los colombianos apoyar la diversidad cultural y lingüística que hay en el país. A su vez,



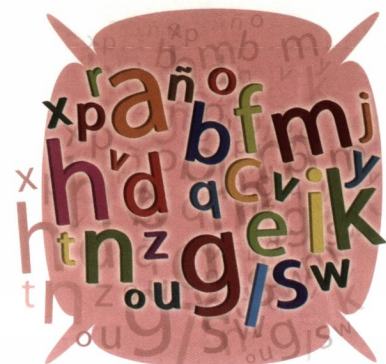
el artículo 10 establece: «El castellano es el idioma oficial de Colombia. Las lenguas de los grupos étnicos son también oficiales en sus territorios. La enseñanza que se imparta en las comunidades con tradiciones lingüísticas propias será bilingüe». Es decir, que no existe una lengua oficial en Colombia, que todas están reconocidas oficialmente como lenguas en las que se pueden manejar los asuntos del Estado.

Unos cuantos ejemplos: en las oficinas públicas en La Guajira, los funcionarios deberían ser bilingües wayunaiki-español, en el Cesar se debería hablar ikan-español, en el Vaupés el cubeo-español, en los llanos el piapoco-español, en el Cauca el guambiano-español. El concepto de lengua oficial cubre también a los medios de comunicación. Qué bueno

sería que el resto de niños colombianos pudieran seguir en la televisión historias de la selva amazónica en alguna de las tantas lenguas que allí se hablan.

—Estoy de acuerdo —comenté—, sería superchévere. Nos has contado muy buenas historias. Gracias.





—¡Mira, Adriana, ahí está la letra gigantesca de las preguntas! —grité emocionado.

—Hola, niños; yo soy la A, un sonido universal, pero creo que ustedes tienen a mi hermanita menor, la a minúscula.

—Sí, aquí está —y al instante la pequeña a saltó de la mochila.

—Gracias, ahora que he recuperado a mi hermanita, podemos conversar. ¿Sabían ustedes que en Colombia existían tantas lenguas diferentes del español?

—Realmente no —dije—. Son casi 70 y es muy rico saber cómo se usan y cómo los niños indígenas las aprenden junto con el español que nosotros sabemos. Así podemos hablar y conocer sus culturas.

—Sí. Eso es muy interesante —dijo la A.

—Bueno, y ¿cómo creen ustedes que los lingüistas aprenden sobre estas lenguas?

—Pues yo creo que trabajan un poco como los antropólogos, aprendiendo de la gente e investigando en libros, pero pienso que sería rico preguntarles más sobre esto —contestó Adriana.

—Muy bien, los felicito; nos queda como tarea preguntar más sobre cómo investigan los lingüistas. Aquí les entrego una copia del tablero de lenguas que vieron antes para que lo recuerden siempre.

—Muchísimas gracias, señora A; adiós.

En una de las patas de la A se abrió una puerta, la última de todas, que nos llevó a un mundo donde pasaban muchas cosas al tiempo.



Capítulo 6

¡Qué vieja es la historia!

Buscamos a Anastasia para que nos explicara lo que ocurría, pero no apareció por ninguna parte; vimos guerras, gente corriendo en todas las direcciones, libros grandes y viejos y un aparente desorden.

Finalmente llegó Anastasia, algo cansada.

—Perdónenme, niños, pero aquí siempre me pierdo. Este es el último de los mundos que van a recorrer, el de la historia, donde se guarda todo el pasado de los seres humanos, y aunque parece desordenado, es uno de mis preferidos.

—¿Qué va a pasar cuando terminemos?

—La última puerta los llevará de nuevo al cuarto en la finca de sus abuelos. Es la última parada, pero no es la última de las ciencias sociales, pues hay muchas otras que ustedes pueden investigar cuando lleguen de nuevo a la escuela.

—Y ¿cómo hacemos eso?

—Con todo lo que han aprendido aquí, ya deben saber que las ciencias sociales son igual de importantes que las ciencias naturales y que podemos aprender mucho de ellas. Hasta aquí los acompaño. Ha sido un placer conocerlos y



espero que disfruten de este último mundo de aventuras.

—Gracias, Anastasia, has sido muy amable con nosotros —dijo Adriana.

—Y de mucha ayuda. Sin ti, no habríamos logrado terminar —agregué.

Nos despedimos con tristeza, pues sabíamos que no la íbamos a volver a ver, pero felices de haberla conocido.

Allí mismo había un cartel con un libro viejo pintado que decía «Historia de Colombia».

Justo después del cartel había un atril como los de las iglesias, con un libro enorme abierto en una página en la que se leía lo siguiente: «La historia estudia el arte de una sociedad, la economía de una sociedad, las instituciones políticas que se han dado en una sociedad, la técnica. En una época se creía que la historia era sólo la historia política, la de los gobernantes y la sucesión de los gobiernos, pero luego se entendió que la historia tiene que ver con cosas incluso más importantes que las instituciones políticas».



Así que ya habíamos entendido qué era la historia, pero en este mundo todo sucedía tan rápido que era imposible hablar con alguien.

De pronto vimos una puerta en la que se leía «Túnel histórico» y decidimos entrar. Al hacerlo, nos encontramos con un letrado que decía «Si quieres ser un buen historiador, esto es lo que debes saber. ¡Bienvenido!».

El túnel nos llevó por muchas épocas de la historia universal: el medioevo, el Renacimiento, la revolución industrial del siglo XVIII, las guerras mundiales, los conflictos políticos, la guerra fría. Aprendimos muchísimo de historia, en especial de historia universal, pero queríamos saber al menos una característica de la historia de Colombia. Por eso, cuando salimos del túnel, fuimos a buscar a alguien con quién hablar. Sentado sobre una silla,

en un salón muy bonito, estaba un señor y al fondo la bandera de Colombia; entonces decidimos acercarnos.

— Buenas tardes, señor.

— Buenas tardes. ¿Quiénes son ustedes?

— Mi nombre es Adriana y él es mi hermano Juan Carlos. ¿Y usted?

— Me llamo Jaime Jaramillo Uribe y soy historiador.

— ¡Qué interesante, señor Jaramillo!
¿Podríamos hacerle una pregunta?

— Por supuesto.

— Cuando entramos en el túnel de la historia, nos dimos cuenta de que hay eventos que se repiten en la historia de los países; ¿podría usted hablarnos de un suceso o de una característica de la historia de Colombia?





—La única tradición colombiana, como nación, es lo que en historia llamamos el civilismo, es decir, la costumbre de este país de rechazar cualquier tipo de gobierno militar. Yo puedo decir que el único gobierno militar que ha tenido Colombia ha sido el del general Gustavo Rojas Pinilla, pero es una excepción, porque a los colombianos les gusta elegir civiles; de ahí el nombre de civilismo.

—¿Y en el resto del mundo prefieren elegir militares? —pregunté.

—No sabría decirles si lo prefieren, pero la mayoría de los países del mundo han tenido una gran variedad de gobiernos militares, mientras que en Colombia sólo ha habido uno. Sin embargo, las características históricas se pueden ver mejor en las tradiciones que cada región tiene y ha conservado a lo largo de los años.

—¿Y dónde podríamos conocer estas tradiciones?

—Algunas seguramente ya las deben conocer, las han vivido en la región

donde habitan. Pero para que puedan conocer otras y entender acerca de lo que les hablo, los invito a un hermoso salón que tenemos preparado para los invitados especiales como ustedes.

—¿Ves, Juan Carlos? Somos invitados especiales —dijo Adriana feliz.

—Claro que sí —respondió el señor Jaramillo—. Los niños son el futuro de cada país y por eso son especiales.

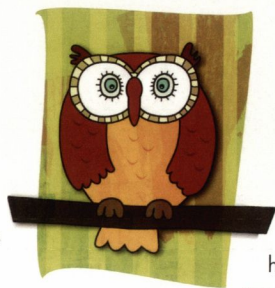
—Muchas gracias, señor Jaramillo, es usted muy amable. Ahora vayamos a conocer el salón.

—Con mucho gusto, niños, espero que lo disfruten.

Luego de una pequeña caminata, encontramos el lugar en el que se presentaban las tradiciones regionales de nuestro país. Allí vimos silleteros con hermosas figuras hechas con flores de Antioquia, apreciamos también el coleo de los llanos y nos divertimos aprendiendo a bailar bambuco del Huila.

Después de tantas experiencias estábamos cansados y queríamos regresar, pero recordé que no habíamos hallado el libro todavía y debíamos buscarlo.





En el camino nos encontramos con un búho de anteojos que portaba un letrero que decía: «Quien no aprende de la historia está condenado a repetirla», y mi hermana, que es muy curiosa, se acercó y le preguntó:

—Disculpe, señor búho, ¿por qué cree usted eso?

—Nuestra historia ha sido de guerras civiles y conflictos, y estamos condenados a repetirla si no conocemos y comprendemos los problemas de la época, si no ponemos en práctica los nuevos derechos sociales. Éstos no se conocían en el siglo XIX o en el XVIII, pero surgieron en el siglo XX por el desarrollo de las ideas políticas y las ideas sociales, lo que permitió que la gente se diera cuenta de que tenía derechos y que podía exigirlos.

—Gracias por la explicación. Por cierto, ¿usted no ha visto un libro de historia de Colombia?

—Hay tantos libros por aquí... muchos dicen historia de Colombia. Lo siento, no puedo ayudarlos.

—Bueno. Adiós, señor búho.



Seguimos caminando, hasta que mi hermana se tropezó y cayó al piso. Se raspó un poco las rodillas, pero la buena noticia fue que se tropezó con el libro que estábamos buscando.

Lo guardamos en la mochila, junto con los demás objetos, y nos dirigimos hacia la última puerta, que nos llevaría de vuelta a la finca de los abuelos.

Al final de este mundo en el que aprendimos tanto, estaba un anciano, pensativo, sentado en un cómodo sofá.

— Buenas tardes, niños, veo que han completado nuestro juego; ¿quieren volver a su casa?

— ¡Sí!

— ¿Y me trajeron el libro?

— Sí, señor, aquí está.

— Ese es el último regalo que van a recibir, un libro sobre la historia de Colombia para que lo lean y aprendan mucho sobre ella.

— Muchas gracias. Se lo mostraremos a nuestros papás y lo leeremos en familia para que todos aprendamos un poco sobre la historia de Colombia.



—Me parece una buena idea. La lectura en familia es un hermoso momento y es muy importante que le permitan a la historia compartir un poco con ustedes.

—Señor, ¿le puedo hacer una pregunta?
—dijo mi hermana.

—Claro que sí, hija.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Ya no lo recuerdo, tengo los años que tiene la historia y son tantos que ya se me olvidaron.

—¿Tantos? ¡Increíble!

—Bueno, ahora cuéntenme un poco de lo que aprendieron aquí.

—Aprendimos que hay una característica constante en la historia de nuestro país y es que nos gusta elegir presidentes que no sean militares.

—¿Y recuerdan el nombre del único presidente militar que hemos tenido en Colombia?

—Gustavo Rojas Pinilla —contestó Adriana antes de que yo alcanzara a decir algo.

—¡Muy bien! Y ahora díganme cuál de las tradiciones que vieron fue la que más les gustó.

—A mí me encantó el bambuco, porque tiene buena música y uno se ríe mucho aprendiendo a bailarlo —dijo Adriana emocionada.

—A mí me gustó el coleo, porque estoy en clases de equitación y algún día quiero poder hacer eso montado en un caballo.

—Bueno, niños, veo que se divertieron; espero que hayan aprendido mucho en nuestro juego y que puedan regresar a casa sanos y salvos.



Volver a casa



Cuando terminamos de responder la última pregunta, sentimos como si una aspiradora nos chupara, y sin saber cómo, estábamos de nuevo sentados en el cuarto de los abuelos. A lo lejos se oían los gritos de nuestros padres buscándonos.

Después de cerrar el cofre, salimos corriendo a abrazar a nuestros papás y a contarles la aventura maravillosa que habíamos vivido en este juego extraño, gracias al cual conocimos la importancia de las ciencias sociales y lo divertidas que éstas pueden ser. También guardamos todos los regalos que fuimos recolectando a lo largo del juego, como amuletos de la buena suerte.


Luego de este viaje increíble, Adriana decidió que quiere ser antropóloga, viajar por toda Colombia para compartir con

las distintas tribus y aprender cómo viven; conocer la diversidad de nuestra cultura y mostrarle al mundo lo hermoso que es nuestro país, así como todas las personas que viven en su territorio.

Yo por mi parte quiero conocer más ciencias sociales, deseo utilizar los métodos de investigación que aprendimos para explorar aún más, para aprender más y para enseñarles a mis amigos cómo lo podemos hacer.

Estoy seguro de que a la profesora le va a encantar esta historia y me va a dejar leerla en clase para que a todos mis amigos los pique el gusanillo de la curiosidad y podamos hacer una investigación juntos.

¡Afortunadamente ya quedó lista la tarea de las vacaciones! Ufff.



Bogotá - Colombia
Los derechos de este libro pertenecen a
Colciencias. Está prohibida su reproducción
parcial o total mediante cualquier recurso o
procedimiento, sin permiso de Colciencias.





Otros saberes, otras ciencias. El mundo que nos revelan las ciencias sociales, es un recorrido por algunas de las ciencias sociales, el cual haremos en compañía de Adriana y Juan Carlos gracias a un cofre misterioso. Allí nuestros amigos dialogarán con Jesús Martín-Barbero, Rebeca Puche, José Antonio Ocampo, Jaime Jaramillo Uribe, Arturo Escobar y María Trillos, quienes comparten con ellos su pasión por el saber y sus modos de acercarse al conocimiento de nuestras sociedades. Encontraremos relatos maravillosos sobre pobladores de nuestro país, entenderemos por qué se habla de la diversidad cultural cuando nos adentramos en el mundo de las lenguas indígenas, comprenderemos cómo la economía también es asunto de los niños y las niñas, y porqué debemos estar con los cinco sentidos frente a la información que brindan los medios de comunicación.



ISBN: 978-958-44-2265-1



9 789584 422651